

CREATIVIDAD

Serie Documentos Especiales - Cuadernos de Sexualidad
Viceministerio de la Juventud - Ministerio de Educación Nacional
Proyecto Nacional de Educación Sexual
Colombia, Agosto de 1995

Germán Ortiz Umaña
Médico Sexólogo

ÍNDICE

Prefacio	3
El lenguaje del cuerpo	3
Sexualidad y proyecto de vida	5
El matrimonio como institución civil	6
Construcción de pareja y concepto de familia	7
Amor, sexualidad y familia	14
El concepto occidental cristiano	15
Sexo y matrimonio	17
Familia: ese espacio donde nace la creatividad	24
Arte y sexualidad	28
Literatura y sexualidad	31

CREATIVIDAD

PREFACIO

La capacidad de crear, imaginar, fantasear, recrear, es una condición inherente al ser humano. Constituye una de las manifestaciones de la mente y por esto una de las diferencias específicas que lo individualizan de los demás mamíferos.

Esta capacidad de crear algo nuevo o de modificar lo existente es el origen de la cultura: descubrir, inventar, construir, cambiar, han permitido al ser humano el desarrollo de la ciencia y de las artes y la construcción de un mundo nuevo, siempre en permanente cambio.

A su vez, todas estas modificaciones influyen sobre el ser humano mismo, que debe cambiar para adaptarse a sus propias creaciones. Así se establece una interacción entre éste y el medio ambiente creado por él y por sus antepasados, es decir, con su cultura.

La creatividad, aplicada a la sexualidad, ha determinado comportamientos muy distintos en las diversas épocas y culturas. La gente se ama y comparte en forma alegre y festiva o, por el contrario, de manera dolorosa y triste.

Cada cultura tiene formas diferentes de relacionarse, porque en cada cultura es distinta la concepción de lo que es ser hombre y ser mujer.

Por esta razón, los comportamientos sexuales cambian de una época a la otra; de una cultura a la otra; de una persona a la otra.

A través de las manifestaciones de cada época y de cada cultura podemos conocer en buena parte las características de su sexualidad y las concepciones que de ella se han tenido.

El dibujo y la pintura, la música y la danza, la literatura, el cine, son manifestaciones de la creatividad humana en la que están plasmados muchos valores, actitudes y comportamientos sexuales, que nos permiten conocer al ser humano de ayer, de hoy y de siempre.

EL LENGUAJE DEL CUERPO

El lenguaje («linguaticum» = con la lengua) es uno de los medios que usa el ser humano para comunicarse. Sin embargo, existen formas distintas a la palabra hablada o escrita, mediante las cuales es capaz de expresar lo que piensa y especialmente lo que siente. Una de las características de la sociedad actual es haber difundido enormemente la utilización de estas formas no verbales, aprovechando los adelantos técnicos, mediante el uso de imágenes cuyo núcleo casi siempre es el cuerpo humano. La humanidad siempre las ha utilizado, pero nunca en la proporción actual.

Expresar lo que se piensa con palabras es generalmente fácil. Las ideas, los conceptos, cuando están claros en la mente, fluyen en forma de palabras. Pero la expresión de sentimientos es mucho más difícil y por eso echamos mano de gestos para que la comunicación sea más clara y más completa. En realidad, en el ser humano hay una unidad de palabra-gesto-cuerpo. Difícilmente podemos concebir una persona que no acompañe la palabra con sus gestos. Son parte fundamental del lenguaje hablado.

Más aún, hay expresiones como la risa y el llanto que no pueden acompañarse de palabras; expresan un significado afectivo de alegría o de tristeza que no requiere ninguna explicación verbal y que frecuentemente produce los mismos sentimientos en la otra persona. En muchas ocasiones no podemos expresar con palabras lo que sentimos y simplemente nos abrazamos a otra persona.

Este lenguaje del cuerpo, que sirve como complemento para expresarse, se perfecciona hasta convertirse en una manifestación artística; el ejemplo clásico es la danza.

A este medio de expresión y comunicación lo llamamos en forma figurativa «lenguaje corporal», que también forma parte integral de la comunicación hablada.

Durante los primeros meses de vida, los únicos mensajes que recibimos de otros seres humanos son de carácter afectivo; esas manifestaciones de amor, ternura y protección se hacen mediante el contacto físico. Ofrecer el seno, acariciar la piel del niño y la niña, apretarles contra el propio cuerpo, son expresiones que les permiten sentirse amados y protegidos. El lenguaje hablado no es para él y ella un mensaje intelectual; es un murmullo que por su cadencia se constituye en caricia.

Este lenguaje corporal es nuestro primer medio de comunicación con el que aprendemos el mundo afectivo; sabemos que nos aman o rechazan, que nos protegen o abandonan, que nos quieren o no nos desean. Estos mensajes quedan grabados en el niño y la niña y determinan en buena parte su autoestima y, por ende, su capacidad para relacionarse después con las demás personas.

Dado que la sexualidad es parte fundamental del mundo de los afectos, de los sentimientos y sensaciones, no nos puede extrañar que su forma primordial de comunicación sea el lenguaje de las caricias que aprendemos desde la cuna.

Como todos los comportamientos del ser humano, el lenguaje corporal puede y debe ser educado. En nuestra civilización, infortunadamente, la educación del cuerpo ocupa un lugar muy secundario y el tiempo que se dedica a ella es muy corto. La educación se centra en la ciencia y la técnica y la educación afectiva hasta hace muy poco nos empieza a preocupar.

La danza y el teatro son fuentes inagotables de aprendizaje del lenguaje corporal. La educación física, no para competir sino para aprender a relacionarse con el espacio y hacer del cuerpo un instrumento armonioso y hábil, nos permite disponer de él como el más íntimo instrumento de diálogo con nosotros/as mismos/as.

SEXUALIDAD Y PROYECTO DE VIDA

Uno de los proyectos de vida más trascendentes para los seres humanos es la decisión de vivir en pareja o no. En nuestra cultura esta decisión generalmente está interferida por la creencia atávica de que tanto hombres como mujeres están destinados a vivir en pareja y cuando eligen no hacerlo se les ve con recelo y sospecha.

Si se trata de una mujer, se le califica de «solterona», lo cual es casi un diagnóstico con intenciones psiquiátricas; no se trata de alguien que eligió su soltería, sino de una persona que «no pudo conseguir con quién» y que «está frustrada». De aquí en adelante toda queja, toda tristeza, todo reclamo, se interpreta como un comportamiento de solterona. Recuerdo una mujer madura soltera que describía esta situación en forma muy vívida. Decía: «Cuando mi hermano y mis sobrinos me veían arreglarme para salir de la casa, comentaban entre ellos: "Pobre tía, tratando de ponerse bonita, a esa edad. ¡Todavía cree que puede levantar novio!" Pero si salía de la casa sin ningún arreglo especial, entonces el comentario era: "Claro, como ya sabe que no puede levantar marido, sale sin siquiera pintarse la boca. Sale como una mendiga. Pobrecita"».

En nuestra sociedad no se concibe que una mujer pueda elegir su soltería. Simplemente, a ella no la eligió nadie.

Si quien toma el camino de la soltería es el hombre, hasta cierta edad, es calificado de «resbaloso», de «sinvergüenza». Pasada cierta edad se empieza a sospechar su «hombría», o se le califica de egoísta, neurótico, cobarde. Cuando se le tilda de «solterón» se está haciendo con él lo mismo que con la mujer: un diagnóstico que tiene el significado de neurótico, tímido, raro y otras muchas cosas que no se dicen, pero que se sugieren. Él tampoco pudo casarse.

Así las cosas, ¿cuántas personas terminan viviendo en pareja, presionadas por la sociedad y no por propia decisión?

Socialmente, de este juicio sólo se salvan las personas que eligen el celibato dentro de la vida religiosa. Únicamente los sacerdotes y las monjas no reciben juicio y condenación por causa de su soltería.

Las otras opciones, matrimonio y unión libre, son las dos posibilidades de vivir en pareja y formar una familia.

De otra parte, hay que considerar que en muchos casos el amor no parece ser un elemento fundamental a la hora de formar pareja para la convivencia y el matrimonio. En muchas culturas la escogencia de pareja trasciende el terreno individual y existen los matrimonios concertados o la intervención de intermediarios allegados a la familia, o de casamenteros profesionales para conformar parejas, práctica que fue muy común en nuestro medio y que aún persiste en algunos sectores de la población. En estas uniones el amor se deja para ser construido con la convivencia, pues el vínculo se fundamenta en la consecución de objetivos materiales concretos, muchas veces la propia supervivencia de uno de los cónyuges o la preservación del patrimonio de sus familias.

En nuestro medio existe indudablemente una fuerte cultura de la conyugalidad y permanecer en soltería no es una elección muy usual. Sin embargo, hay que anotar que en las últimas décadas, hechos como el descubrimiento de la píldora anticonceptiva y el crecimiento de las relaciones sexuales fuera del matrimonio transformaron sustancialmente la percepción estigmatizada y cargada de prejuicios sobre el soltero y la soltera, que prevaleció en el pasado. Hombres y mujeres disfrutaban ahora de mayor libertad para experimentar relaciones amorosas en las cuales el sexo no se orienta exclusivamente a la reproducción. También parece ser más amplia y libre la opción de escoger un compañero o compañera, o también la soltería, sin renunciar a la posibilidad de procrear. En palabras de Jo Coudert, «la mayoría de los hombres y las mujeres que quieren casarse, tarde o temprano encuentran alguien con quien verdaderamente desean casarse. Es infinitamente preferible llegar tarde a un buen matrimonio que temprano a uno malo».

Aunque sea minoritaria, hay que aceptar la existencia de esta opción de la soltería como válida y no ligarla a casos de desadaptación, traumas o perturbaciones, como se consideraba en forma simplista en el pasado. Muchas personas encuentran en el matrimonio, y en general en la vida en pareja, obstáculos serios para el desarrollo de sus actividades intelectuales, para la consecución de sus metas y su realización integral.

El matrimonio como institución civil

El matrimonio no es sólo amor y sexualidad. Es una unión que crea responsabilidades recíprocas, no únicamente desde el punto de vista afectivo, sino económico y social. El código civil colombiano lo define así: «El matrimonio es un contrato solemne por el cual un hombre y una mujer se unen con el fin de vivir juntos, de procrear y auxiliarse mutuamente».

Toda persona que lleva a cabo un contrato, y en especial éste que es de gran trascendencia para la vida, debe conocer sus características y los deberes que contrae al realizarlo. La solemnidad se refiere a que está sujeto a ciertas formalidades como la presencia de testigos y del notario o el juez locales, y la fijación de un edicto previo en el despacho del funcionario, para que sea conocido públicamente. Sin estas formalidades el contrato no produce ningún efecto civil.

Los cónyuges deben ser mayores de edad, y en caso de no serlo, deben presentar un permiso escrito de sus padres.

Desde el punto de vista económico, el matrimonio da origen a una sociedad de bienes o sociedad conyugal, en la que los bienes adquiridos por cada cual durante la unión son de la sociedad por partes iguales.

En el momento en que la pareja tiene un hijo o una hija, adquiere patria potestad sobre él o ella y las obligaciones económicas que son compartidas por ambos miembros.

El matrimonio puede disolverse por divorcio, y sus causales son las relaciones sexuales extramatrimoniales, el incumplimiento de los deberes como padre y madre, los maltratos, la embriaguez habitual, la drogadicción, conductas perversas y el mutuo consentimiento.

Con el divorcio se declara disuelta la sociedad conyugal y se decide sobre las obligaciones alimentarias y el cuidado de los hijos y las hijas, que perduran en tanto sean menores de edad.

La otra alternativa, la unión libre, hoy no se diferencia mucho, legalmente, del matrimonio, porque aunque no se establece la sociedad conyugal, sí hay una especie de sociedad de hecho, y en varias separaciones de este tipo de unión los tribunales han determinado la repartición de los bienes en forma muy similar a lo que ocurre cuando se disuelve una sociedad conyugal. En relación con los hijos y las hijas, se establecen idénticas obligaciones y derechos a los que se tienen con los hijos y las hijas de matrimonio.

CONSTRUCCIÓN DE PAREJA Y CONCEPTO DE FAMILIA

Cuando nace un ser humano su estado de dependencia es casi absoluto. Solamente ha asumido algunas funciones de carácter biológico que antes eran ejercidas por la madre: la función pulmonar y las excretoras, por ejemplo. La dependencia del recién nacido es de tal naturaleza, que poco tiempo de descuido puede determinar su muerte.

El desarrollo es un camino en busca de una independencia cada vez mayor y este tránsito hacia la libertad debe ser recorrido por el niño y la niña en compañía y con el estímulo físico, intelectual y afectivo de las personas adultas que les rodean, fundamentalmente de las personas responsables de su educación: padres, madres, maestras, maestros. Esta es la función primordial de la educación: estimular el desarrollo del ser humano, es decir, facilitarle la construcción de su libertad, su independencia, su autonomía. Este es el gran compromiso ético de educadoras y educadores: hacer posible que, de manera progresiva, niños, niñas y adolescentes se formen como seres responsables ante sí mismos/as y ante los demás.

Durante la infancia la afectividad está centrada en la madre y el padre. A medida que el niño y la niña crecen, van aumentando el contacto con otras personas y aprendiendo a compartir con ellas. Este aprendizaje se realiza fundamentalmente mediante los juegos que en los primeros años realizan con sus compañeros y compañeras de preescolar. Muchos de éstos los llevan a cabo fantaseando que son grandes; juegan de papá y mamá con el fin de entenderlos y comprender la relación de pareja. Es aprender en el juego lo que posiblemente van a vivir después.

A medida que crecen, los amigos y las amigas van siendo más importantes y sirven de apoyo para volverse independientes. Este mutuo apoyo les permite lograr la seguridad suficiente para dirigir su afecto hacia personas distintas de su núcleo familiar. Los juegos, en estos grupos, tienen fundamentalmente a enseñar habilidades físicas a través de los deportes. Así se comparan con otros/as para sentirse normales, especialmente como hombres o mujeres. Es decir, reafirman su identidad de género.

Alcanzada esta identidad, este saberse hombres o mujeres sin duda alguna, junto con los cambios de la pubertad y la aparición de los deseos sexuales concretos, son los estímulos para buscar una relación, ya no grupal sino individual. Se inicia entonces la formación de las parejas, que se

diferencian claramente de la simple amistad por su contenido sexoafectivo. A estas parejas, las y los adolescentes las denominan «amigovios», para distinguir del noviazgo formal que tiene muchos compromisos, conscientes de que no son capaces de asumirlos ni desean hacerlo. Estas parejas de adolescentes se constituyen fundamentalmente mediante actividades de recreación; son los compañeros y las compañeras para asistir al cine, al teatro, a conciertos. Van juntos a las fiestas y los paseos. Sin embargo, les ligan sentimientos afectivos que les impulsan a compartir muchas veces esfuerzos escolares y también sus dificultades y problemas familiares. Para muchos/as, es la primera vez que tienen la oportunidad de expresar sentimientos profundos de tristeza con la certeza de que no sólo se les escuchará sino que van a recibir un apoyo afectivo que antes desconocían.

En estas parejas cada quien se reconoce en la otra persona. La primera caricia, el primer beso, son actividades para saber «qué siento, cómo reacciono», para saber si lo que han leído o visto en telenovelas y cine, o lo que cuentan los más experimentados, es verdad en ellos/as. Es decir, para saber si se es «normal».

Estas circunstancias crean temor, que aumenta por la expectativa de la reacción de la otra persona. El miedo al rechazo, e inclusive a una posible agresión de la pareja, produce, así sea momentáneamente, cierto grado de ansiedad. Esta situación ambivalente se vence pronto y es un requisito para poder llegar a disfrutar de sí mismo/a y de la otra persona.

Estas parejas de adolescentes duran poco tiempo. Semanas o meses. Tener varias parejas durante la adolescencia permite al hombre y a la mujer conocer personas diferentes, con caracteres distintos, y en esta forma saber con qué tipo de personas son más compatibles. Este aprendizaje puede ser la base para la elección futura de una pareja estable.

Los amores y los enamoramientos de los y las adolescentes, a pesar de su corta duración, en la mayoría de los casos son generalmente muy profundos e intensos y cuando se presentan rupturas son frecuentes los estados de tristeza que requieren apoyo y comprensión. Definitivamente, no son «tonterías», como muchas veces piensan erradamente las personas adultas. Son situaciones de mucho sufrimiento para el y la adolescente, que en casos excepcionales se hacen intolerables.

A fin de que esta relación sea útil para el desarrollo de los dos miembros de la pareja, debe, en general, cumplir un requisito primordial, que es la igualdad. Como se trata de lograr un mayor grado de autonomía, es preciso que las decisiones sean tomadas con la participación de ambos para que las responsabilidades se compartan.

En nuestro medio se ve con buenos ojos que el hombre sea mayor que la mujer. El ideal social es que éste le lleve unos pocos años a ella. Sin duda, la cercanía de las edades puede ser un factor adicional para facilitar el compartir intereses, retos, visiones del mundo, ilusiones, etc. De todos modos, no es un elemento incondicional para el éxito de la pareja.

Sin embargo, en algunos casos la diferencia de edades muy marcada, sobre todo cuando el menor de los miembros de la pareja no ha alcanzado un grado de madurez adecuado, puede acarrear desajustes en la relación y en sus dos protagonistas. En estos casos puede ocurrir que la pareja mayor manipule a la otra, aunque no se lo proponga conscientemente. Esto impide la

participación de quien tiene menos experiencia, lo que dificulta la construcción de su autonomía. Esta situación de desigualdad se puede dar muy fácilmente, pues es en apariencia cómoda para ambos, como para el padre y la madre.

La pareja menor, que casi sin excepción es la mujer, se siente protegida y, dado que las decisiones son asumidas por el otro, no tiene oportunidad de asumir responsabilidad alguna, y así se libra del miedo de ejercer su libertad a expensas del desarrollo de su autonomía.

Para el muchacho también es agradable sentirse «el que manda»; se satisface y enorgullece de ser el protector y guía. Sin embargo, está perdiendo la oportunidad de compartir decisiones y de aprender reciprocidad y respeto por otra persona, fundamentos del aprendizaje de la convivencia. En este tipo de relación surge usualmente una dependencia que dificulta la construcción de autonomía de ella, y que puede convertirse en una carga pesada de responsabilidad para él, que no está preparado para asumirla.

Para la madre y el padre de la adolescente, la situación es también engañosa. Sienten tranquilidad de que el muchacho ya «sea serio» y capaz de cuidar de su hija y responder por ella, sin darse cuenta de que ella es la que debe cuidarse y responder por sí misma. La acción de los padres y las madres debe estimular la autodeterminación de sus hijas e hijos para que aprendan a ser independientes y adquieran seguridad, indiferentemente de que sean hombres o mujeres.

La otra relación de pareja más estable y duradera es el noviazgo de jóvenes que ya entran en la tercera década de la vida (20 a 30 años). Se trata de una relación entre dos personas, mucho más estable y duradera que la anterior, con intereses en común, con un contenido sexoafectivo franco y con posibilidades o con el compromiso de realizar una unión estable. Se supone que es una pareja en un período previo a la unión, que se está conociendo mutuamente en busca de compatibilidad. Cuando no se rompen dan origen a uniones que conviven establemente, convirtiéndose en matrimonios, cualquiera que sea su formalidad frente al estado o la iglesia.

El tipo de pareja que se forma depende de las características y los valores que cada cual ha aprendido en su familia y en su medio ambiente social.

En la familia tradicional, un par de generaciones atrás, la mujer ocupaba un importante lugar, pero limitado al ámbito del hogar. Sus funciones eran el cuidado y la educación de hijos e hijas, la administración de la casa y la atención del esposo. Su capacidad de decisión se restringía a los asuntos domésticos. Cualquier decisión de alguna importancia debía consultarla con el esposo, quien al final la tomaba.

El esposo era fundamentalmente el responsable económico de la familia, y hasta el año 1938 [en Colombia] detentaba la patria potestad sobre sus hijos e hijas. Hasta este año la mujer se consideraba menor de edad ante la ley y sus bienes eran administrados por el marido a manera de tutor.

Esta situación de franca inferioridad, como se puede ver, no era sólo una costumbre social, sino que estaba reglamentada por la ley. En Colombia, la mujer adquirió sus derechos políticos en el año 1957 y empezó a compartir la patria potestad de sus hijos e hijas en 1976.

Esta situación, de carácter social y legal, determinaba la construcción de parejas en las que el hombre tenía todas las prerrogativas, en tanto que la mujer se hallaba en un profundo grado de sometimiento. Uno de los factores que influían más en el mantenimiento de estas condiciones era la discriminación presente en la educación. Al hombre se le educaba para «valerse por sí mismo»; a la mujer para «servirle al hombre y a los hijos». Las mujeres remuneradas eran maestras, costureras y empleadas domésticas, y no se les permitía ninguna otra capacitación laboral.

Otro factor determinante fue la edad en que iniciaban su unión o su matrimonio. Se casaban a los 14 ó 15 años, es decir, en la mitad de la adolescencia, con alguien que pasaba de los 20 años, lo cual reforzaba el predominio masculino. En este ambiente se construyeron las parejas de los abuelos y abuelas de quienes hoy tienen 35 años o más.

En las condiciones descritas de machismo predominante -- en el que los hombres tomaban todas las decisiones y las mujeres, con excepción de su papel de madres, eran tratadas como menores de edad --, era de esperar una relación de enorme desigualdad en la que el hombre era el servido y la mujer la servidora. Él, activo; ella, pasiva. Él pedía, ella daba. Se decía entonces que «los niños y las mujeres opinan donde las gallinas orinan».

El poder de la mujer estaba restringido a su hogar y para el hombre no había nada más extraño que su propia casa. A él se le impedía aprender los oficios domésticos que eran «cosas de mujeres». A ella se le impedía cualquier actividad, no social, fuera de su casa. No podía entrar en un almacén o en un banco ni siquiera acompañada por un hombre. Ella desconocía todo aquello que no fuera el hogar propio y de sus allegados. «El mundo de la mujer es la casa; la casa del hombre es el mundo», se decía.

La sexualidad estaba marcada por la ignorancia del propio cuerpo y la total pasividad de la mujer. Tenía que llegar virgen al matrimonio, lo cual no era difícil, ya que se casaba cerca de los 15 años y se le podía perdonar cualquier cosa, menos la más mínima muestra de infidelidad, al punto que un hombre tenía derecho a meter a la cárcel a su esposa más o menos por año y medio sin juicio y sin pruebas; esto hasta bien entrados los años treinta.

El hombre, abiertamente en algunos sectores del país y en otros en forma oculta, tenía otra u otras mujeres con la complicidad social. Había dos morales sexuales: una estricta, represiva y despiadada para la mujer y otra tolerante, laxa y doble para el hombre. Una falta contra las normas sexuales por parte de una mujer era un delito contra el honor propio y de toda su familia; en el varón, apenas una imperfección propia de su sexo, que con frecuencia se festejaba.

El placer sexual era considerado algo exclusivamente masculino. Sólo en este siglo se empezó a hablar de las disfunciones sexuales femeninas; antes no existían socialmente.

Estas uniones duraban muchos años, la mayoría «hasta que la muerte los separaba», fundamentalmente debido a la resignación de la mujer, en la que pesaban más los hijos e hijas y la sanción social que su propio bienestar. Se constituía así en una «víctima» al servicios de los hijos y del «macho», su victimario.

Hay una referencia histórica que no se puede omitir cuando se habla de estos temas. Se trata del libro «Familia y cultura en Colombia», de la antropóloga Virginia Gutiérrez de Pineda, una de las primeras intelectuales que se aproximó al estudio de las opciones de vida y de las características determinantes del núcleo familiar en cuatro grandes regiones del país. Hay que destacar que aunque el estudio fue realizado hace más de 30 años, lapso en el cual Colombia ha experimentado modificaciones sustanciales, sigue siendo fuente de referencia para las nuevas investigaciones en la materia, razón por la cual lo incluimos en este trabajo.

El primero de los cuatro grupos que estudió Gutiérrez de Pineda fue el andino, de marcado ancestro amerindio. Comprendía los departamentos de Cundinamarca, Boyacá, Nariño, Cauca y sur de Santander. La religión poseía allí un ascendiente importante sobre la familia, pero también influía vigorosamente el legado indígena, sobre todo en lo sexual. Coexistían varias instituciones con el matrimonio, claras formas de unión libre, como el amaño, especie de prueba de matrimonio en la cual los novios viven juntos hasta constatar que realmente se complementan y entienden y tienen proyección hacia el futuro. También eran frecuentes los concubinatos. El modelo de autoridad era patriarcal, pero a medida que se descendía en la escala social se llegaba casi a un matriarcado; por ejemplo, en los matrimonios de facto, la que mandaba era la mujer. La familia extensa era muy importante y el madresolterismo muy frecuente, sobre todo en los estratos socioeconómicos más bajos, en parte por experimentos fallidos de amaño que no conseguían terminar en matrimonio.

La familia neo-hispánica predominaba en los santanderes, de ancestro blanco, y conservaba muchas tradiciones de la hidalguía española. En ella el estatus social lo aportaban los apellidos y era quizás el grupo racial con mayor énfasis en el culto a la virilidad. Era machista y en ella la religión actuaba como legitimadora de la supremacía masculina y la subordinación femenina. Sin embargo, el culto y las manifestaciones religiosas eran considerados asuntos eminentemente femeninos. El honor del hombre no estaba tanto en la virtud de su mujer y sus hijas, que se daba por descontada, sino en su figura misma, en su conducta y sus maneras que nunca debían arrojar duda sobre su masculinidad. En las clases altas era imprescindible el matrimonio católico y eran imposibles las uniones de facto. Las relaciones esporádicas siempre se protagonizaban entre varones de clase alta o media y mujeres de clase baja. En cambio, en los estratos bajos era posible encontrar numerosas uniones de hecho. Debido al concepto que se tenía de la mujer, el madresolterismo era frecuente.

La familia negroide, según el estudio de Virginia Gutiérrez, tenía su asiento en las costas Atlántica y Pacífica, y en antiguos territorios mineros a orillas de los ríos Magdalena y Cauca. Dado que los evangelizadores de España tuvieron que conceder gran importancia al aspecto ritual para atraer a los negro africanos a su religión, en esa zona, actualmente de mayoría católica y de raza negra, la concepción religiosa se orientaba más al culto que a la doctrina o a la exigencia moral. En el momento en que se hizo el estudio, reinaba allí el machismo en todas las capas sociales, sustentado casi exclusivamente en el sexo. El estatus del varón se medía por el número de hijos que tuviera con una o con varias mujeres. La mujer actuaba de un modo complementario y le concedía gran importancia a la capacidad sexual de su compañero. Inclusive había familias compuestas por varias mujeres y un hombre, y toda la descendencia. Sin embargo, como la función social del varón se circunscribía a su actividad biológica reproductiva,

cuando ya los hijos o hijas habían nacido la figura masculina desaparecía de la autoridad en la familia y la mujer asumía el poder. Era un matriarcado. El matrimonio estable, sobre todo el religioso, allí no gozaba de particular prestigio. En el momento de la investigación era la zona del país con menor índice de uniones católicas. La unión libre o matrimonio de hecho, en cambio, sobrepasaba el 50% de todos los enlaces de la región.

La familia de la Montaña correspondía a los departamentos de Antioquia, Caldas, Risaralda, Quindío y norte del Valle y del Tolima. Era producto del mestizaje de las tres etnias: blanca, negra e india, aunque hay grupos raciales muy puros, sobre todo de los dos primeros. Era el lugar del país donde mayor trascendencia se le concedía a la institución religiosa. El catolicismo era el gran ordenador social. Por ese motivo, la forma de enlace absoluta era el matrimonio religioso, mientras que las uniones libres o concubinatos casi no existían. La moral era estricta y orientada directamente por los párrocos católicos. Se trataba de una moral severa dentro de la familia, pero permitía laxitudes por fuera de ella; mientras la religión insistía en la castidad del varón y la mujer, la cultura no aprobaba el celibato del primero y lo impulsaba a demostrar su capacidad viril. Por eso se hablaba de una doble moral en el antioqueño, que también se podía observar en la percepción de la mujer en dos extremos irreconciliables: la matrona paisa, o la prostituta.

La prostitución era particularmente fuerte en este grupo y constituía una salida al mandato moral, cuyo interés básico se orientaba en el interior de la familia. Y había un concepto importante en esa cultura que no se veía en ninguna otra: el machismo catártico, o sea la canalización del patriarcalismo y sus prejuicios en una actividad laboral febril. Como el hombre se dedicaba con gran ahínco al comercio y a la producción de capitales, el mando del hogar quedaba casi completamente en manos de la madre. El estatus de la mujer era elevado, configurando un matriarcado no tan excluyente como en la familia negroide, pero sí indiscutible.

La concepción del pecado fue tan intensa que la actividad religiosa era una alternativa de vida frecuente. En muchos hogares era usual el hijo sacerdote o la hija monja. Otra figura antológica de este complejo antioqueño era la beata, muchas veces solterona.

Es preciso insistir en que Colombia ha cambiado sustancialmente durante las últimas décadas que señalaron el tránsito del país rural al urbano. El urbanismo, la escolarización, los cambios políticos, el auge de los medios de comunicación, la globalización de las tendencias mundiales, las reivindicaciones de la mujer, el avance hacia sociedades menos confesionales y más civilistas, ocasionaron y siguen impulsando intensas transformaciones. Dentro del análisis de las familias, ya no hay, por ejemplo, familias extensas; por el incremento de las separaciones y divorcios, muchos hogares son encabezados por una mujer que trabaja fuera de la casa; el machismo santandereano no es tan exacerbado y el pansexualismo costeño ya no se erige como primer elemento de estatus social; la religión no es la orientadora absoluta de la cultura antioqueña y han desaparecido en su zona de influencia la beatería y la figura de la tía solterona.

Así, pues, en las últimas cuatro o cinco décadas la sociedad ha experimentado un cambio muy grande. Al principio, las diferencias en los estudios primarios y secundarios se hicieron cada vez menores. Algunas mujeres ingresaron a la universidad en situaciones bastante adversas, pero lograron coronar sus carreras y hacerse profesionales. El desarrollo intelectual y laboral de la mujer es cada día más importante y el matrimonio va dejando de ser para muchas «la tabla de

salvación». Las mujeres que no pueden educarse ocupan muchos puestos de trabajo que antes eran sólo para hombres, y esto sucede en todos los niveles.

Esta participación de la mujer en la ciencia, las artes, la vida intelectual, política y laboral, construye una nueva mujer que exige sus derechos, que quiere participar en la construcción del orden social y que, sobre todo, se siente capaz de vivir como una persona independiente, ya sea sola o junto a un hombre.

Obviamente, la relación de pareja cambió. Ahora son dos personas que llevan a cabo una relación más igualitaria, en la que se comparten las obligaciones y los derechos; en la que se puede crecer al lado de la otra persona; en la que no sólo ambos tienen derecho a disfrutar sino que cada cual se preocupa del gozo de la otra persona. Ahora la duración de esta relación no descansa en la capacidad de resignación y de renuncia de la mujer, sino en el respeto mutuo.

Como fenómeno paralelo a esta nueva realidad, las uniones duran menos tiempo, ya que las razones para continuar juntos ya no son tan imperativas ni obligantes, y la mujer ya no sufre la absoluta dependencia económica, social y física del hombre que la ataba perentoriamente a él. Pero, además, es indudable que todas estas rápidas y drásticas transformaciones han producido gran confusión en los hombres y las mujeres, con respecto a sí mismos/as y acerca de los roles y funciones que deben jugar en una relación de pareja y en una familia. Por ello, también las uniones se están deshaciendo sin mayores esfuerzos, en un fenómeno de desencuentro de género en el cual la relación entre los sexos se ha futilizado.

Desde el punto de vista sexual, la mujer ha asumido el control de su cuerpo y ha adquirido conciencia de su propia responsabilidad sexual, antes enajenada en el hombre; ha aprendido a disfrutar y a compartir su placer, ha dejado de ser parte pasiva y ha aprendido a manifestar sus necesidades. Se ha reconocido como persona y exige el reconocimiento de los demás.

A su vez, el hombre se ha ido haciendo más partícipe en el hogar. Tiene más contacto con sus hijos e hijas y puede expresar muchos afectos que antes le estaban vedados.

Como sucede con todos los cambios sociales, los períodos de transición crean conflictos y sensación de inseguridad. Estos conflictos son un signo de que estamos cambiando y deben aprovecharse para acelerar el cambio y crear una pareja y una familia cuyo funcionamiento y dinámica se basen en la equidad, el respeto y el amor.

Infortunadamente, los cambios de que hemos hablado no se han dado en toda la sociedad. Existen sectores, por ejemplo el rural, en los que prima la relación tradicional y a los que difícilmente se podrá llegar si no utilizamos medios diferentes. Además, hay otros sectores que, por sus creencias atávicas, son resistentes al cambio y luchan contra él. Hay mucha gente que ve en la libertad no la realización del ser humano, sino una amenaza contra sus intereses.

El mito de que la familia de antes era mejor, a pesar de su inequidad y de su violencia interior, impide aceptar un nuevo orden familiar, en el que pueda desaparecer el autoritarismo, que algunos confunden con la autoridad, que dificulta el libre desarrollo de la personalidad, no sólo de los hijos y las hijas sino de los propios integrantes de la pareja.

Los cambios legales que se han sucedido en estos cuarenta años permiten y estimulan la construcción de una nueva y mejor familia, en la que los derechos y responsabilidades pueden ser asumidos por todos los miembros, de acuerdo con el lugar que cada quien ocupa en ella, no en forma estática y definitiva, sino según los cambios que se van dando con el tiempo.

En un medio como éste, los miembros de la familia tienen la oportunidad de aprender a disfrutar de los otros y crear un ambiente afectivo con la seguridad de que aprender a ser independientes no constituirá un esfuerzo casi sobrehumano, sino algo que se va alcanzando paulatina y naturalmente. El crecimiento afectivo e intelectual sería tan simple como el físico.

En este ambiente afectuoso florece espontáneamente la confianza, y con ella la comunicación y el diálogo, que son los instrumentos fundamentales para la solución de los problemas y dificultades que necesariamente surgen en la familia.

La pareja no es algo que se construye en un tiempo determinado, sino en forma permanente. Los seres humanos cambiamos con la edad, con las experiencias, con la vida. Es preciso que nos adaptemos a estos cambios para mantener una relación armónica. La monotonía es, talvez, el enemigo oculto de la relación de pareja. La creatividad, la garantía de una relación cada vez mejor.

Amor, sexualidad y familia

«El fuego original y primordial, la sexualidad, levanta la llama roja del erotismo y ésta, a su vez, sostiene y alza otra llama, azul y trémula, la del amor. Erotismo y amor, la llama doble de la vida.» (Octavio Paz, *La llama doble*)

Pese a ser uno de los sentimientos fundamentales que anima la vida de los seres humanos, el amor se ha estudiado poco por la ciencia; no es temerario afirmar que se han interesado mucho más por él la poesía, el arte en general y, en nuestro medio, manifestaciones relativamente recientes como el melodrama televisado y el bolero.

De todas maneras, en la época actual es cada vez más frecuente que personas o parejas convoquen a especialistas de la conducta humana para que cooperen en la solución de conflictos sentimentales o conyugales. Empero, es siempre impredecible lo que la psiquiatría o la psicología, como ciencias, pueden aportar para la solución de estos problemas, lo cual, unido a la escasez alarmante de tratados científicos sobre la materia, muchas veces obliga a consejeros/as y terapeutas a realizar su tarea en esta materia aferrándose más a la intuición y al ingenio que a la ciencia.

En el presente trabajo, al ligar el amor con el sexo y el matrimonio, nos referimos únicamente al amor erotizado de la pareja nupcial, es decir, el amor sexualizado, dejando de lado otras interpretaciones del concepto, como el amor filial o fraternal o el amor al prójimo. En segundo lugar, aunque es innegable que existe una unidad sexoafectiva, como proceso psicobiológico, por oposición a la institución social de la pareja, para los propósitos de esta exposición y con fines

puramente didácticos analizaremos por separado las tres instancias: amor, sexo y matrimonio, luego su interacción y su repercusión en la felicidad o en el sufrimiento de las personas.

El concepto occidental cristiano

La primera consideración al respecto es que el enfoque que domina este análisis es el de la cultura occidental y cristiana, de la cual formamos parte, y que se origina en las civilizaciones grecolatinas, por un lado, y en el saber bíblico, por el otro. Fueron los griegos quienes comenzaron a dar un tratamiento profundo al conocimiento del amor, a través de su mitología y luego de su filosofía. Lo consideraban un elemento básico, no solamente en la naturaleza y la vida del ser humano, sino en la concepción global del cosmos. Eros se halla en el origen y se muestra a través de la evolución humana. Al comienzo es considerado anterior y superior a todos los dioses, aunque posteriormente pasó a la categoría de un dios menor, un demiurgo, intermediario entre los dioses y el ser humano. Era una especie de movimiento para llevar al ser humano hacia la perfección o hacia la divinidad misma. A partir de esta concepción del amor se liberaron las relaciones sexuales de sus lazos con las creencias mágicas y totémicas primitivas; se humanizó y dio comienzo a la idea del amor como parte de los valores de nuestra civilización.

Esta axiología se complementó y modificó con las creencias judeo-cristianas. Es indiscutible que en los pueblos cristianos, la Biblia, como fundamento de nuestra cultura, tiene enorme influencia en la manera de pensar, sentir y actuar de todas las gentes, aun de aquellas que nunca se han interesado por leerla ni siquiera ocasionalmente. De allí su influencia tan vigorosa en la concepción que tenemos del amor. En el Antiguo Testamento no hay una definición homologable a la de los griegos, que diferenciaban claramente entre Eros, Philos y Agape. Al respecto hay que tener en cuenta que los antiguos hebreos no eran pensadores a la manera de los griegos y que el suyo fue, ante todo, un mundo dominado por los acontecimientos y los hechos de la cotidianidad. Para ellos el amor era un sentimiento sobreentendido; existía en el diario vivir, por lo cual era indiferente cualquier reflexión acerca de su esencia. Tal vez por ello el monoteísmo judío confundió en un mismo lugar los fenómenos afectivo-naturales con la institución del matrimonio, lo cual originó enormes limitaciones para el amor y la sexualidad.

En sus comienzos, el cristianismo definió el amor como Agape y Caritas, características que lo alejaron cada vez más del Eros griego, incluso dentro del matrimonio. Con ello se impidió a la pareja cristiana la expresión placentera de la sexualidad. San Pablo sólo acepta el casarse como un remedio contra la concupiscencia, y recomienda desexualizar el amor, aun dentro del matrimonio. Los primeros cristianos se casaban para acompañarse y realizar en conjunto las labores del hogar; se amaban espiritualmente y en lo posible permanecían vírgenes; y si esto no era posible, la unión sexual con propósitos reproductivos debía realizarse sin ningún tipo de placer. Según Clemente de Alejandría, «Las parejas cristianas no deben abandonar su modestia ni en el lecho nupcial, puesto que si Dios les permite casarse, no les permite la lujuria».

Esta opinión de los padres de la Iglesia se aceptó durante toda la Edad Media, hasta cuando en el siglo XII irrumpió en Occidente el amor cortés, que aunque también tuvo orígenes religiosos y en muy pocas ocasiones culminaba con la relación sexual de los amantes, se caracterizaba por expresarse por fuera del matrimonio y por ser un amor desdichado. Era un modelo de amor puro,

constantemente frustrado e imposible; un amor a distancia y sin posibilidades; al ser irrealizable en esta vida, sólo podría lograrse después de la muerte. En la poesía de los trovadores de esa época predomina este destino trágico, que también es tópico fundamental del bolero de hoy. Es, asimismo, la temática de Lancelot o el Caballero de la Carreta, la novela cortesana por excelencia, escrita en 1168 por Chrétien de Troyes, cuyo protagonista, para liberar a su amada, la reina Ginebra, pasa por una serie de terribles dificultades, sin lograr por ello los favores de la dama. Lancelot es el caballero perfecto y sin tacha, pero a pesar de ello nunca consiguió satisfacer su pasión.

El amor cortés exigía la sumisión completa del caballero a su amada, su lealtad y firmeza, y también otorgaba a ella derecho para reclamar toda clase de pruebas, antes de concederle el más mínimo favor. Hay que destacar que este tipo de amor estaba reservado a los amantes, ya que era inconcebible dentro del matrimonio.

Esta concepción del amor reapareció en el siglo XIX, infiltrada en el amor romántico, que aunque tuvo su origen en las nociones de la Ilustración francesa del siglo XVIII, conservó de su predecesor lo trágico, la naturaleza del amor imposible y su relación ineluctable con la muerte. Esto nos explica el parentesco existente del poema cortesano y el folletín con el melodrama décimonónico, padres legítimos de las telenovelas y del bolero contemporáneos.

En ese intermedio, comprendido entre los siglos XII y XIX, los artistas, y muy especialmente los poetas y novelistas, también hablaron de la infelicidad y de la insatisfacción del amor. Para sustentarlo basta con recordar a Cervantes, Shakespeare, Wagner y Goethe.

En toda esta concepción occidental del amor hay una dualidad; por un lado existe un amor superior, puro o divino, y por el otro una pasión baja o concupiscente. Y se consideran dos extremos, no solamente en las ideas cristianas; también en el pensamiento pagano, que desde la época platónica ya hacía diferencia entre un Eros bueno y un Eros vulgar. Dicho en otras palabras, a lo largo de nuestra civilización ha existido siempre una clara contradicción entre amor y sexo. Es la que podríamos llamar la visión idealista del amor.

Distinta es la opinión de quienes piensan que el amor procede únicamente de una fuente biológica, y que sus diferentes manifestaciones no son más que variantes culturales, determinadas por causas secundarias. Para los materialistas, el amor es un producto del instinto sexual, más o menos modificado. Según ellos, nuestros impulsos naturales de aproximación erótica hacia las personas del otro sexo habrían sido codificados gracias al proceso educativo, hasta convertirlos en el amor y, así domesticados, poder expresarlos de acuerdo con las normas sociales.

Recordemos que para Freud, el padre del psicoanálisis, el amor es una manifestación del instinto sexual que, según su teoría, puede representar los más diversos aspectos aparte del directamente genital.

La opinión de los filósofos y científicos de esta y otras corrientes, casi siempre aséptica y no comprometida, no le dice nada al amante que se desgarró merced al desengaño o al despecho, o que se incendia en la frustración del amor imposible. Mientras el enamorado piensa que «el amor

es un algo sin nombre que apasiona al hombre por una mujer», Ortega y Gasset, en un ensayo sobre el amor en Stendhal -- que no es otra cosa que una reflexión acerca del enamoramiento -- dice: «El enamoramiento no es más que una imbecilidad transitoria». Ello nos lleva a insistir en que jamás se podrán encontrar en el mismo lugar el que padece el «pathos» del amor -- que tiene su cantera en el lenguaje de lo irracional, del sentimiento y de la pasión propios del melodrama o del bolero -- y quien lo interpreta, bien desde el punto de vista de la ciencia o desde la óptica de la filosofía con su discurso racionalista y frío.

Sexo y matrimonio

Al aproximarnos a la conceptualización del sexo y de la sexualidad, estudiaremos si acaso hay una relación entre los dos y el amor, y de éstos con el matrimonio.

«Sexo» viene de la palabra latina «secare», que quiere decir disecar, separar, y es apenas obvio que sólo podemos separar lo que es diferente. Por analogía podemos decir que sexo es diferencia, y por lo tanto nos dividimos en hombres y mujeres, varones y hembras, dada nuestra desigualdad genital. Desde el punto de vista biológico, este hecho no tiene mayor importancia, pues entendiendo la sexualidad como una función, cada género tendría su anatomía y fisiología propias en cuanto a su finalidad reproductora. El problema surgió cuando, a partir de la disparidad física, la sociedad determinó los roles para cada uno de los géneros, con la innegable discriminación de la mujer.

Para la ciencia, la sexualidad es un conjunto de comportamientos que, si bien se originan en el sistema nervioso central, han sido reglamentados culturalmente para poder expresar de una manera socialmente aceptable lo que le queda al animal humano del instinto de reproducción. A diferencia del proceso instintivo que observan los animales, el humano, merced a su evolución, transformó la instintividad en afecto, en emociones, y en general en una pasión que ha permitido a la sociedad encauzar la sexualidad de los seres humanos de acuerdo con sus criterios. Según esto hay que aceptar que en el ser humano la sexualidad va íntimamente ligada a una serie de elementos afectivos, aunque algunos autores nos hablen de la sexualidad pura o aun de su ejercicio como divertimento despojado de cualquier expresión sentimental.

En nuestro concepto, en toda relación hombre-mujer, el amor y el sexo se encuentran unidos inseparablemente; lo que varía, tal vez sin que nos demos cabal cuenta, es la proporción de los componentes del fenómeno. Y aunque parezca contradictoria la afirmación anterior, los seres humanos, herederos de los mamíferos superiores, estamos destinados por la naturaleza a atraernos mutuamente -- varones y hembras -- y acercarnos físicamente hasta donde nos lo permitan las reglas sociales.

La palabra «matrimonio» viene del latín «matrimonum», que para los lingüistas modernos deriva de «maritus» (marido) y éste a su vez de «mars» o «maris» (macho). El diccionario de la Real Academia de la Lengua lo define como: «unión de hombre y mujer concertada de por vida, mediante determinados ritos o formalidades legales». Sin embargo, esta definición no explica las características propias del enlace conyugal, como la vida sexual en común, la procreación y la crianza de la prole, lo que da a esta institución social un tinte fundamentalmente económico, a

pesar de los propósitos sexo-sentimentales que empujan a la mayoría de los enamorados de hoy a contraer matrimonio.

Debemos resaltar que el matrimonio por amor es una invención moderna, que data aproximadamente de los siglos XII y XIII. Se consolidó con la Revolución Francesa de 1786 y corresponde al modelo de amor romántico del cual ya hablamos. Si aceptamos las teorías de los antropólogos y de la evolución, la forma del matrimonio ha variado de acuerdo con el desarrollo social. Según Morgan, en los comienzos de la humanidad el matrimonio se hacía por grupos; en el seno de la tribu imperaba el comercio sexual promiscuo, de modo que cada mujer pertenecía igualmente a todos los hombres y cada hombre a todas las mujeres, y la descendencia seguía la línea materna. La tolerancia de los machos adultos y la ausencia de celos permitieron en estos grupos extensos la transformación del animal prehumano en el «homo sapiens».

La evolución social fue modificando la relación conyugal y familiar, pasando por el salvajismo y la barbarie hasta los inicios de la civilización, cuando aparecieron el matrimonio y la familia patriarcal.

Durante este largo proceso existieron tres formas de matrimonio: durante el salvajismo, el matrimonio por grupos; en la barbarie, el matrimonio sindiásmico; y con la civilización, la monogamia, con sus contradicciones naturales, como el adulterio y la prostitución.

Siempre, cuando se pretenda analizar el matrimonio, sus singularidades y problemática, hay que considerar que llevamos 3,000 años de monogamia y de familia patriarcal, y 2,000 de matrimonio cristiano. Son esos antecedentes los que, en definitiva, aseguran en la actualidad en Occidente un predominio de la relación de pareja, caracterizado por la indisolubilidad del vínculo y exigencias de monogamia, exclusividad, heterosexualidad y obligación reproductiva.

Dado que todos los seres humanos somos diferentes, este modelo social aporta felicidad o desgracia a las personas y a las parejas, según sus ilusiones y expectativas. Hay quienes asumen sin dificultad el rol de esposo y esposa y encuentran en el matrimonio el instrumento adecuado y el escenario justo para edificar su proyección personal y social. Y también hay quienes, tras el enlace, pronto consideran el matrimonio una institución rígida, una relación de poder, opresora y limitante que poco o nada tiene que ver con la fantasía amorosa del noviazgo sutilmente inculcada desde la infancia, y que forma parte de nuestro imaginario colectivo.

Con lo anterior no pretendemos afirmar que todas aquellas personas que se casan, necesariamente fracasen y sufran con ocasión de su enlace. Es evidente la existencia de muchas parejas felices, pero por desgracia también es cierto el sufrimiento de muchas otras y el aumento cada vez mayor de las separaciones y los divorcios.

Nos parece pertinente que al aceptar esta dolorosa realidad de esta nueva crisis del matrimonio, nos obliguemos a estudiar las posibles causas de sus dificultades antes de hacer algunas consideraciones acerca de las posibilidades del amor en la relación de pareja.

De tiempo atrás venimos afirmando, en vista de los problemas que agobian actualmente a los miembros del dúo conyugal, que muchas veces no son las personas quienes están mal, sino que

el matrimonio, que como hemos visto no ha cambiado durante los últimos 2,000 años; es de suyo inadecuado para satisfacer las necesidades y expectativas de las mujeres y los hombres contemporáneos.

También hemos dicho que, independientemente de los problemas personales de cada uno de sus miembros, la institución matrimonial de por sí origina nuevos conflictos, los cuales la mayoría de veces no son correctamente interpretados ni por el esposo y la esposa, ni por quienes les miran desde afuera, incluyendo entre estos últimos aun a los psiquiatras y psicólogos.

Es evidente, por otra parte, que las viejas redes de soporte y apoyo que poseía la familia, y que de cierto modo le aseguraban su permanencia como unidad, desaparecieron casi por completo con los nuevos modelos de sociedad impuestos por el urbanismo y la economía. Los dos más importantes -- la familia extensa y la intervención y control de los estamentos religiosos -- eran determinantes en la cohesión y funcionamiento de la familia, ya que ejercían constantes monitorías sobre la forma en que marchaba la relación de pareja, acudían en momentos de conflicto para arbitrar y ejercer de «componedores» y presionaban cotidianamente para asegurar la continuidad del grupo familiar.

La desaparición de la familia extensa y la pérdida casi total de ascendencia de la religión sobre la vida civil de las comunidades dejaron sin redes de apoyo a la familia. Hoy podemos afirmar sin temor que la familia está sola, ya que los espacios dejados por las viejas redes de apoyo no han conseguido llenarse satisfactoriamente por el Estado o por los analistas y psicólogos. Esto se puede apreciar fácilmente en la pobre resolución de conflictos y en la búsqueda de metodologías para zanjar las discrepancias que manifiestan las parejas de hoy y el consecuente fenómeno de ruptura y separación en ascenso en el mundo entero.

Así, pues, no debemos seguir cayendo en la trampa de interpretar la desadaptación marital en términos de anormalidad psicológica, sin ahondar en el conocimiento de la realidad social, de sus profundas transformaciones recientes, e inclusive de sus nuevos mitos.

Veamos ahora la secuencia más frecuente que parece seguir una pareja de hoy que se casa enamorada, de acuerdo con las mejores tradiciones del amor romántico.

En primer lugar, sin ser conscientes, el y la contrayente dan cumplimiento a su destino social y creen firmemente que han escogido de manera libre su felicidad al firmar el contrato conyugal.

Poco tiempo después de la luna de miel, la pasión sacralizada se agota en la repetición doméstica de los deberes maritales y se invierte el orden del deseo, en la medida en que día a día se erotiza cada vez más el espacio laboral, mientras las cargas impositivas se desdibujan en el lecho conyugal y en lo cotidiano del matrimonio. Los compromisos y obligaciones reemplazan la fantasía del amor de los primeros tiempos.

Y es que el amor romántico es entusiasmo pasajero. El matrimonio, en cambio, es adaptación inteligente y estabilidad consciente. Algunos consideran que no sólo son contrarios, sino casi incompatibles. Por eso el amante latino expresa todo lo anterior en la letra de otro bolero que dice que el ideal es ser novios, esposos, amigos y amantes a la vez.

Así, y siguiendo con nuestro ejemplo, engañados por las fuerzas de las circunstancias, los desposados se encuentran enfrentados a la realidad del matrimonio. Paulatinamente, la emoción placentera inicial va cediendo terreno al «pathos» del dolor y el enamoramiento inicial puede transformarse en muchos casos en odio y, en otros, en desenamoramiento, aburrimiento y lejanía. Al no comprender las verdaderas causas de estos sentimientos displacenteros -- como ha quedado explicado arriba -- el esposo y la esposa se acusan mutuamente de su propia infelicidad.

En nuestra práctica es muy común escuchar una queja de cierto colorido mágico: «Doctor, es como si me lo (la) hubieran cambiado... Ya no es el mismo (o la misma)... No sé lo que ha pasado... Es otra persona» Y ante tal enigma, las respuestas y recetas no se hacen esperar. Para los psicólogos es necesaria la comunicación y conviene la terapia de pareja; para los psicoanalistas el problema es de inmadurez y su solución es el psicoanálisis. Para la moral todo se debe a la pérdida de la fe y entonces tendrán que reconciliarse con Dios.

Sin embargo, la observación juiciosa del fenómeno nos mostrará que no hay nada de magia en el cambio de los novios. Simplemente, al casarse asumen el rol de esposo y esposa y en su dramática cotidiana representan a cabalidad el papel asignado por la sociedad: se cortan la libertad y la fantasía; se prohíben sus espacios propios; se fastidian mutuamente y se impiden una genuina comunicación.

Es lo que sucede a muchas parejas que viven su matrimonio dentro de la rutina doméstica, sin que hayan sufrido mayores traumatismos, diferentes a los causados por el dispendioso cumplimiento de las normas, y que sin percatarse de lo que realmente ocurre ahogan el amor inicial en la insatisfacción, la frustración y el hastío.

No logran entender la única lógica que existe en el amor, que ya Aristóteles enseñaba, y es que no podemos amar sino lo amable; al despertar del sueño del amor romántico, muy a menudo, otra faceta que se juega en pareja es el intento por iniciar la conversión de la otra persona; cambiar su forma de ser. Y hace su aparición lo que hemos llamado el «complejo de Oseas», en honor a un profeta del Antiguo Testamento que al obedecer la orden de Jehová contrajo matrimonio con Gomer, una mujer fornicadora. Así, el buen Oseas trató inútilmente de transformar a su mujer, consiguiendo en su matrimonio tan sólo sufrimiento y desesperación.

El complejo de Oseas es tremendamente frecuente. Muy a menudo la gente se casa con quien no es, por la simple razón de que nadie puede satisfacer en la justa medida y a cabalidad los deseos de otra persona. La fórmula, entonces, será intentar cambiarla, algo que, generalmente, no se consigue. Cuántos hombres y mujeres recurren vanamente en este empeño a toda clase de expedientes, que van desde las requisitorias y las súplicas hasta el llanto o las amenazas, y cuando todo esto fracasa, apelan a la pericia psicológica o acuden a la superchería, a la brujería, a los rezos y a la magia.

Cuando las esperanzas de modificar a su pareja se agotan, muchas personas se empeñan en amar lo que no es amable; se aferran a la imagen idealizada, racionalizan las desventajas de su unión y evitan de esta manera la solución inteligente del conflicto.

Es evidente que cuando la convivencia nupcial se hace imposible por el padecimiento que origina, la única solución es la ruptura del vínculo, lo cual, aunque necesario, no siempre es posible, en unos casos, por los mecanismos que hemos explicado líneas atrás, y en otros por dificultades reales muy difíciles de sortear, tales como problemas económicos, presión familiar para seguir en pareja, temor a la soledad, dependencia afectiva, etc.

Por otra parte, es muy frecuente observar uniones absolutamente desgraciadas, que sin embargo continúan su vida en común, alegando el sufrimiento que causarían a sus hijos e hijas menores al tomar la decisión de separarse, cuando es ampliamente conocido que es mayor el daño que se infiere a niños y niñas dentro de un matrimonio en conflicto que el que pueda causarles una separación razonable y civilizada.

Entonces, aunque en muchos casos la separación es la alternativa más saludable para las parejas en conflicto, no siempre es posible por las razones expuestas, lo cual confirma nuestra afirmación en el sentido de que no siempre se separa quien lo necesita, sino quien puede hacerlo.

Hasta aquí el somero análisis de las tres instancias que señalamos al inicio. Ahora, veamos rápidamente, en conjunto y en su interrelación, los elementos de la tríada de que nos hemos ocupado.

Es indudable que, de acuerdo con el imaginario colectivo, el ideal de nuestras gentes es que, al casarnos por amor, seamos felices con nuestra pareja y que el amor y la sexualidad dentro del matrimonio se constituyan en la fórmula ideal. Es decir, que la secuencia deseada en nuestra cultura es **amor, matrimonio y sexualidad**, aunque de alguna manera se admite que las tres instancias estén presentes, a pesar de la alteración del orden tradicional.

Pero, por desgracia, lo que ocurre con mucha frecuencia es que la tríada ideal no se completa. Nos referimos especialmente a aquellos casos en los que predomina uno de los tres elementos, con ausencia más o menos completa de los otros dos, con lo cual se causan graves problemas de difícil solución y a veces verdaderas tragedias recogidas en la novela contemporánea. Por tal razón, nos permitimos traer a colación tres obras maestras de la literatura universal que ejemplifican el problema en mención.

Amor sin sexualidad ni matrimonio es uno de los temas favoritos de la novela romántica. Tomemos como paradigma el famoso Werther de Goethe. En esta obra, «Las cuitas del joven Werther», se narran los amores imposibles de éste con Carlota, novia de Alberto, quien a la postre se convierte en su mejor amigo.

Cuando Carlota y Alberto se casan, Werther sufre una profunda depresión que lo conduce al suicidio. Es la historia típicamente romántica del amor imposible, en la que predomina la idealización del ser amado; se alimenta con la distancia y concluye con la muerte.

El conjunto sexualidad sin matrimonio ni amor es el argumento de la novela de D.H. Lawrence, «El amante de Lady Chatterley», con la cual el autor quiso combatir la represión sexual de la época y mostrar el sexo como algo limpio, como un impulso que mueve al ser humano con gran fuerza y al que no pueden oponerse las costumbres sociales. Es la historia de Constanza y

Clifford Chatterley, durante la primera guerra mundial. Poco después de la luna de miel, Clifford, herido en combate, queda parapléjico. Constanza tenía entonces 23 años y él 29. La joven se resignó durante algún tiempo a una vida en la que solamente existía el entendimiento intelectual con su marido, hasta que comenzó a sentir el llamado sexual. Entonces conoce a Mellors, el guardabosque de las propiedades de su esposo, con quien inicia una tórrida relación erótica, despojada según el novelista de amor, que desde luego no puede estar por completo ausente en este tipo de encuentro; pero la novela se basa fundamental y definitivamente en el sexo, que se convierte en el protagonista del libro.

El matrimonio sin amor ni sexualidad es, por desgracia, muy frecuente en nuestro medio. Existen parejas casadas que ya no se aman y para las cuales la actividad sexual se ha reducido a una rutina que se ejerce para satisfacer una necesidad biológica o para cumplir una obligación más o menos aburrida y en ocasiones francamente repugnante. Hay otras parejas, talvez más consecuentes, que viven en habitaciones separadas y han abandonado completamente todo tipo de aproximación sexual.

La literatura universal nos proporciona con la novela de Flaubert, «Madame Bovary», la historia de una mujer cuyo matrimonio sin amor ni sexo la conduce a la tragedia. Emma es la hija de un pequeño propietario rural; educada en un colegio de religiosas, acaba casándose con un médico de poco talento y pobre personalidad. La joven se casa creyéndose enamorada de Charles, pero al poco tiempo se da cuenta de su equivocación y comienza para ella, a quien se le ha dado una formación romántica, una vida de frustración en relación con su intimidad marital. De esta forma contrapone sus sueños a la realidad.

Frente a una vida tan prosaica y cotidiana, el mundo soñado por la señora Bovary desde su perspectiva romántica no puede concebirse más a través de la ensoñación amorosa y es entonces cuando Emma decide buscar un amante. Conoce a León, un joven escribiente con el cual inicia un romance sin consecuencias, y luego a Rodolphe, quien consigue seducirla fácilmente para abandonarla poco tiempo después. Madame Bovary no logra reponerse de sus fracasos amorosos, y luego de un gran disparate económico, al que la conduce su fantasía, recurre a la ayuda de sus antiguos amantes. Pero al ver la cobardía y mezquindad de ambos, termina suicidándose y arruinando completamente a Charles Bovary.

Hasta aquí el análisis somero de las relaciones amorosas entre hombres y mujeres y de sus conflictos actuales.

Responsabilizamos de esta dramática situación a los tres factores siguientes:

- En primer lugar, a la ideología del amor romántico, que todos y todas pretendemos experimentar en el ámbito conyugal.
- En segundo lugar, a la estricta normativa de la institución matrimonial.
- Y en tercer lugar, a la mistificación que nuestra cultura ha hecho de la sexualidad humana.

Entendidas así las cosas, tenemos que aceptar que el matrimonio pasa por otra de sus crisis periódicas. Pero no basta con presentar el problema; nuestra intención es plantear algunas alternativas que nos puedan ayudar a realizar una vida amorosa más satisfactoria y placentera.

Talvez si echáramos mano de la creatividad como capacidad de imaginar, de inventar, de recrear, de reparar, contraria a fingir, simular, imitar, aparentar o constreñir, tendríamos entre manos un instrumento de cambio que nos permitiría, al contrario de lo que nos enseñaron en la niñez, emplear nuestra razón e inteligencia al servicio de la pasión amorosa, de la cual el ser humano no podrá desprenderse jamás, como tampoco podrá hacerlo de los sueños, de la ilusión y la poesía. Y el amor es todo esto junto.

Nuestra inteligencia nos dice que debemos reivindicar la necesidad de satisfacer el embrujo de la pasión, merced a la revisión de la ideología del amor romántico, contrario a lo natural y al placer. Igualmente tenemos que replantear la conceptualización que se ha creado alrededor de la sexualidad y del matrimonio.

Cuando vamos al cine o a una obra de teatro, sabemos a conciencia que asistimos a algo irreal, ilusorio, a una re-creación, a una representación de la realidad; y sin embargo lo hacemos con gozo, al punto de pagar para que nos engañen porque el arte es, como dice Vargas Llosa, la verdad de la mentira.

¿Por qué, entonces, no hacer lo mismo cuando nos enamoramos, si el amor -- así, sin rótulos -- no es otra cosa que fantasía, ilusión y embrujo, y por lo tanto, de alguna manera, es también re-creación y representación de la realidad?

No es lógica ni positiva la satanización que el racionalismo quiere hacer de la pasión amorosa; pero tampoco es benéfica la posición derrotista de algunos sectores intelectuales, que recomiendan una relación de pareja desenamorada, insípida y sosamente fraternizada, en aras de salvaguardar la integridad de las instituciones.

Consideramos más sano conservar los sabios dictados de la naturaleza y pensamos que es mejor enmendar los errores que como seres humanos hemos cometido a través de los siglos, en relación con el amor, la sexualidad y el matrimonio.

Sin pretender convertir en fórmulas o recetas las siguientes propuestas, nos permitimos dejar a ustedes algunas interrogantes y reflexiones alrededor de tan apasionante tema.

Si aceptamos que el amor romántico es ausencia, frustración y muerte, ¿por qué no despojar a este sentimiento de tal fatalismo y buscar formas más satisfactorias de relacionarnos los hombres y las mujeres?

Y si desmitificamos la sexualidad y le damos el justo valor que tiene en la vida de los seres humanos, ¿no podríamos aceptarla sin prejuicios en todas sus funciones, tanto reproductivas como placenteras, de relación, comunicación, lúdicas y creativas, exigiéndose para su expresión tan sólo la responsabilidad y el respeto por la otra persona?

Y en cuanto a la institución matrimonial, ¿no es tiempo de que revisemos su estructura milenaria y la adecuemos a las necesidades de las personas que ya ingresan en el siglo XXI?

FAMILIA: ESE ESPACIO DONDE NACE LA CREATIVIDAD

En *Un mundo feliz*, la obra maestra del británico Aldous Huxley, se recrea la posibilidad de una especie humana futura de enorme avance tecnológico y elevado nivel de vida. Un mundo sin sufrimientos ni carencias, en el cual hombres y mujeres son concebidos en serie, sin más diferencias individuales que las que se requieren para ejercer los diversos oficios, y con una absoluta homogeneización de los gustos, las costumbres, las ideas y los sueños. En ese mundo toda la gente es igual.

Llama la atención observar que en ese mundo de Huxley no existen vínculos parentales; no hay familias; no se producen relaciones consanguíneas entre generaciones, y por ende los conceptos de paternidad y maternidad no existen. Tampoco hay emociones ni sentimientos. Tiene que ser así en un mundo que se ufana de haber conseguido la «igualdad». Aquellas dimensiones humanas que posibilitan la individualidad, la conciencia personal, la búsqueda del sí mismo, han tenido que ser proscritas.

Volviendo a nuestro mundo de hoy, cabe recordar que muchas importantes mentes han venido insistiendo desde mediados del siglo XX en el riesgo de que nos estemos acercando de un modo cada vez más inevitable al mundo de Huxley. Por una parte, presenciamos el siglo del «unisex», en el cual las diferencias fenotípicas de los géneros parecen hacerse menos notorias. De otra parte, observamos los albores de la manipulación genética y las primeras claves de la reproducción por clones. Pero, sobre todo, y como denunciara Erich Fromm, asistimos a la homogeneización de los simbolismos, a la homologación de todos los códigos de comunicación y a un claro intento por acabar con las diferencias individuales y genéricas.

Uno de los obstáculos insalvables de esa homologación de la especie es definitivamente la existencia del grupo familiar. Nacer perteneciendo a un grupo parental específico, contar con una posición en ese grupo, poseer unas referencias históricas de ascendencia, compartir unos espacios físicos pero también anímicos, entre otros, son elementos fundamentales para configurar una identidad individual y un sustrato fundamental para construirla. Además, y a pesar de que se deba compartir el afecto con otros miembros, se posee la certeza única de ser amado/a por un/a progenitor/a o unos progenitores, como ser único y absolutamente diferente de los demás.

Es la familia, entonces, ese nicho ecológico en el cual se originan casi todas las conductas del ser humano, y en el que se produce su aprendizaje más temprano. De acuerdo con todo lo anterior, y apelando de nuevo a la definición con la cual iniciamos esta cartilla, es la familia el sitio básico donde empiezan a desarrollarse la capacidad de crear, imaginar, fantasear y recrear. La creatividad como manifestación del modo particular de ser y de concebir el mundo, tiene en parte su origen en la experiencia familiar.

La creatividad es, en resumen, el gran obstáculo para la homogeneización de la conciencia humana y la mejor afirmación de la individualidad.

Por todo esto, debe ser una preocupación básica del grupo familiar -- aparte de las ya conocidas funciones de reposición de miembros sociales, de transmisión de cultura y valores, y de fuente y disponibilidad de afecto, protección y seguridad -- facilitar la formación de fuertes raíces de identidad personal, de sentido de unicidad e irrepetibilidad, y por ende de creatividad como seres en el mundo.

Ahora bien, aparte de ser una de las fuentes de origen potencial de creatividad, indudablemente una de las más fuertes necesidades que posee la familia hoy es incrementar la creatividad en su interior. Veamos por qué.

Recordemos que la familia es, antes que nada, un organismo vivo, conformado por una pareja adulta y una descendencia biológica o adoptada, que posee una organización de jerarquía y autoridad internas en manos del padre y la madre; que se establece con fines de reafirmación individual, afecto, compañía, apoyo y ayuda, de proyección al futuro, de crecimiento económico y consolidación social; que asume funciones de reposición biológica de la especie, de reproducción y propagación de los valores y los esquemas sociales, políticos y culturales, y de cuidado, protección y formación de nuevas generaciones.

Es evidente que, ateniéndose a esta definición tan completa de familia, tres de sus componentes básicos son la estabilidad, la invariabilidad y el carácter de permanencia; sólo así puede hablarse realmente de familia.

Estos tres elementos, sin los cuales no existe familia, son paradójicamente los mismos que atentan contra su permanencia, ya que originan el principio de la monotonía y la rutina. Por norma física, a toda estimulación sensorial y mental sobreviene una saciedad y una pérdida de efectividad del estímulo. Por principio, la familia es un concepto que obliga a la rutina.

Siendo así, entonces el gran factor para romper esa saciedad de estimulación y minimizar la monotonía es la creatividad. Se trata de la posibilidad de recrear la relación de pareja y de familia apelando a la creatividad; esto es, ingeniándose permanentemente formas de comunicación, estrategias de relación, espectros de diálogo, opciones de cambio, factores de sorpresa, nuevos espacios para compartir, etc.

Ahora bien, en el campo específico de la sexualidad de pareja, es evidente que el elemento lúdico, y especialmente la creatividad, son vitales para una consolidación de la relación erótica y para coadyuvar en la permanencia del interés sexual. Para una sexualidad sana y placentera en la pareja, y en general una vida positiva, es vital que esposo y esposa inicien un proceso de conocimiento de la sexualidad de la otra persona, de sus fronteras, de sus gustos, de su genitalidad, de sus fantasías, temores y escrúpulos. El diálogo es importante, así como la disposición favorable a la exploración. La confianza que se concedan los cónyuges, el fomento de la imaginación erótica, de los juegos íntimos, dependerán de la importancia que le brinde cada uno al mundo de la sexualidad, de los conceptos morales que trae cada quien, de la jerarquización que se le otorga a lo genital dentro de lo sexual, y del sentido de la estética, de la

fantasía, el recato y el pudor personales, pero también de la capacidad para transgredir estos últimos, en aras de una situación erótica específica.

En este sentido, la tradición y la moral convencional suelen ser los grandes obstáculos para la creatividad en la intimidad de pareja. La sexología ha identificado tres grandes temores o situaciones confusas que producen ansiedad, por los cuales consulta muy a menudo la gente, y que se constituyen en enemigos de la creatividad. El primero se refiere a quién debe tomar la iniciativa en la relación sexual. La tradición indica que debe ser el hombre, pues a la mujer no le conviene demostrar una gran pericia y conocimiento en el campo sexual, sobre todo al comienzo de la vida en pareja. Aquí se mezclan varios de los prejuicios más antiguos de la sexualidad: patriarcalismo, virginidad, machismo. Aunque no existe una respuesta maestra para todas las parejas, es claro que el nuevo marco de la relación entre el hombre y la mujer, la pérdida de prestigio del valor de la castidad, y sobre todo la generalización de las relaciones prematrimoniales, hacen cada vez más posible que la iniciativa la tome cualquiera de las dos personas. Como afirma Alzate, la aparición del apetito sexual no tiene por qué coincidir en los dos miembros de la pareja. Por esto, debe proponerlo quien lo desea y dialogar sobre ello si es el caso.

El segundo temor está íntimamente ligado con el primero. Se trata de las diferencias de intensidad en el apetito sexual de cada persona de la pareja. Generalmente el deseo masculino es más frecuente e intenso que el femenino, así como la excitabilidad. Esta diferencia entre el apetito del hombre y el de la mujer, que no es radical y que puede perfectamente presentarse al revés, crea dos dificultades.

La primera es que en ocasiones la mujer puede sentirse tratada como un objeto sexual por los constantes requerimientos de su compañero, cuando ella desea demostraciones del llamado amor romántico. Es una creencia falsa que no se debe dejar alimentar. Por un lado porque fisiológicamente alguno de los dos (con más frecuencia el hombre) tiene mayor energía y necesidad erótica. Por otro, porque es poco probable que la primera o la única razón para establecerse en pareja sea la excitabilidad sexual. Y también porque el deseo erótico puede ser motivado o estar acompañado por una fuerte carga afectiva.

La segunda dificultad es que la intensidad de esa energía puede ser muy diferente entre las dos personas y pueden presentarse apetencias constantes en una de las personas que la otra no desea satisfacer, con el consecuente problema de sentirse esta última rechazada o de tener que consentir la primera, sin deseo, por evitar esa sensación de rechazo en la otra.

Estas discrepancias se solucionan básicamente con diálogo, y adaptando la actividad sexual a un término en el cual las dos partes se sientan a gusto.

El tercer temor, quizás el más complicado porque relaciona conceptos morales y creencias religiosas, es el de las variedades del acto sexual. A alguno de los miembros de la pareja puede gustarle alguna variación distinta del coito vaginal, o en el juego previo, o alguna novedad que la otra persona nunca ha experimentado. Puede suceder que a esta última no le agrade por algún escrúpulo particular. Muchas veces, sobre todo a personas con esquemas de personalidad conservadoras y tradicionales, produce la inquietud de si no se tratará de una aberración o una

anormalidad de su pareja. La sexología recomienda dos cosas en estos casos: la primera, no forzar situaciones que puedan provocar rechazo en una de las personas de la pareja, y la segunda, concientizar y educar acerca de que todas las variaciones sexuales que sean aceptadas libremente por una pareja adulta, que no produzcan daño físico o emocional, en búsqueda de satisfacción y placer mutuos, son consideradas normales.

Para redondear esta idea, retomemos las palabras de Escardo: «Sería conveniente que los jóvenes de ambos sexos fueran debidamente aleccionados sobre la estética, el agrado, el refinamiento y la «etiqueta» de la vida íntima. He recibido amargas confesiones de esposas traumatizadas por ciertas actitudes del esposo en la noche de bodas que, sin embargo, hubiesen sido estimulantes algunos meses después».

Para terminar este tema de creatividad y familia, es fundamental tener en cuenta que quizás nunca como hoy el grupo familiar estuvo tan urgido de poner en marcha estrategias de creatividad e imaginación, para superar la crisis en la que se encuentra como institución.

Ahora bien, valga la ocasión para aclarar que esta llamada crisis es más bien una profunda reestructuración, un período de transición de un mundo patriarcal, cerrado y construido por un sólo género, hacia una nueva realidad de equidad, de fin del sometimiento y de reencuentro de los géneros.

Recordemos que en su relación histórica, a hombres y mujeres les fueron asignados roles, funciones y actividades que hasta hace unos años estaban muy claramente determinados. Sin embargo, las situaciones políticas, económicas, culturales y sociales del siglo XX hicieron variar drásticamente todo este orden de cosas. En el esquema patriarcal estaba perfectamente delimitado el campo de acción de cada miembro. Así, el padre era el proveedor económico del hogar, estaba revestido de una gran autoridad, que inclusive hasta comienzos del siglo XX lo hacía detentar a él solo la patria potestad, con lo cual podía hasta decidir las profesiones y oficios de sus hijos e hijas y sus matrimonios. La madre era la gran proveedora doméstica, responsable del mantenimiento interno del hogar y del cuidado de hijos e hijas, quienes a su vez sostenían una relación de tipo vertical con su padre y madre, les debían obediencia, acatamiento y sumisión.

Con todos los fenómenos de los últimos 40 años, todo este esquema con el cual había funcionado la estructura familiar se trastocó de modo radical. Y no solamente por la nueva condición de la mujer de proveedora económica, con mayor nivel académico y laborante fuera de su casa, sino también por la actitud diferente asumida por el varón hacia su compañera, por las reivindicaciones de la sexualidad como algo más que una fuerza reproductiva, por los procesos de independencia y autonomía crecientes en los hijos y las hijas a lo largo de la adolescencia, y además por la fuerte tendencia a las separaciones conyugales y a las nuevas uniones, que producen grupos familiares con miembros que no comparten un parentesco, y que por tanto son más abiertos.

Por todo esto, es claro que la nueva reasignación de roles y actividades es un asunto que apenas se está consolidando, en el que hasta ahora se están experimentando funciones que por siglos estuvieron claramente normatizadas. Esto explica, en parte, lo que la sociología y la religión

llegaron a denominar la «crisis de la familia», que más que crisis debe considerarse una transición, un poco traumática tal vez, hacia una nueva organización y dinámica familiares que apenas se están construyendo y de las cuales no existen referencias.

Es aquí donde indudablemente debe jugar un papel preponderante la creatividad de hombres y mujeres en el modo en que están asumiendo sus roles y actividades durante esta época de transición, en la forma en que están comprometiendo sus esfuerzos por formar un nuevo modelo de relaciones entre géneros, y en las metodologías que están imaginando para perpetuar ese modelo en otra descendencia.

ARTE Y SEXUALIDAD

No se sabe a ciencia cierta cuándo empezó el arte, de la misma forma como se ignora también el principio del lenguaje. Sin embargo, no existe ningún pueblo del mundo que no tenga manifestaciones artísticas ni lenguaje.

Las primeras representaciones de figuras humanas y de animales se conservan en las cuevas de Lascaux (Francia) y Altamira (España), que se remontan a 30,000 y 15,000 años a.C., respectivamente.

En los anales de la humanidad, la representación de la naturaleza, incluida la figura humana, ha sido una necesidad de todas las culturas desde épocas prehistóricas, con un significado de carácter mágico religioso.

La representación clásica de la anatomía humana proviene de los griegos, quienes la tomaron de los egipcios, pero la perfeccionaron al lograr eliminar la rigidez hierática y conseguir así una movilidad y una naturalidad extraordinarias, desconocidas hasta ese entonces en civilización alguna.

A partir del descubrimiento del escorzo en las manifestaciones bidimensionales, se revolucionaron definitivamente el dibujo y la pintura anatómicos, pues se logró plasmar de manera natural el cuerpo humano, es decir, el artista se aventuró por vez primera a mostrar la anatomía con profundidad, primer paso para la consolidación posterior de la perspectiva, que nos da la ilusión de profundidad y de volumen de un plano.

Esta nueva técnica permitió a los artistas de la antigüedad mostrar el cuerpo humano con total realismo en las pinturas griega y etrusca, conservada en vasos y platos en los que la voluptuosidad es evidente. El erotismo en el arte hizo su aparición formal en el siglo V a.C.

En Grecia, el arte llegó a su máximo esplendor durante el siglo de Pericles, quien impulsó el arte y adornó Atenas con admirables monumentos de mármol como los conocemos actualmente. En esta época, los artistas dejaron de ser simples artesanos y se erigieron en el mismo nivel de los filósofos y los poetas. Esta estatuaria, de Fidias y Mirón especialmente, representa atletas y dioses desnudos, muchos de ellos en actitudes francamente eróticas.

Cuando Constantino llegó a ser primer emperador cristiano y la iglesia cristiana se consolidó como el mayor poder del Estado, se volvió al hieratismo egipcio y con él a un retroceso de diez siglos en el arte.

Los iconoclastas fueron en gran medida los responsables de esta pérdida de la perspectiva conquistada mil años antes, ya que para ellos cualquier imagen de carácter religioso debía ser destruida, para que no se convirtiera en objeto de adoración. Esto sucedía en tanto la iglesia occidental trataba de conservar el legado clásico como método de adoctrinar y catequizar iletrados.

Esta oposición abierta al arte se vio reprimida por la prohibición de representar los genitales en la pintura y la escultura, lo cual llevó en el mejor de los casos a que cubrieran estas obras y, en el peor, a que fueran mutiladas por orden eclesiástica. En el Museo del Vaticano nos queda el testimonio doloroso de estas prácticas utilitarias en decenas de estatuas griegas y romanas.

Pasados estos siglos de oscurantismo y de letargo, se inició en el siglo XV el Renacimiento, con el reencuentro del arte clásico que se llevó a su máxima expresión de belleza. Pero, antes de éste, detengámonos en la Edad Media, que ofreció los mayores contrastes culturales entre el ascetismo total y lo licencioso; entre la piedad extrema y la crueldad absoluta; entre la carnalidad desenfadada y la exaltación de la mística y la castidad.

Fue el tiempo en el cual pudieron conciliarse y hacerse posibles los cantos sublimes al amor idealizado, con las narraciones picarescas y las apologías del amor carnal. Así, al lado de los versos de Petrarca a su madona Laura, o del llanto desgarrado de Dante por la pérdida de su Beatriz, surgieron los cuentos del «Decamerón» de Bocaccio, o «La Mandrágora» de Maquiavelo.

En una época en la cual el orden social se construyó alrededor del castillo y la abadía, y el ser humano sólo debía tener como interés el temor a Dios, la sexualidad fue el elemento que lo ligó secretamente con el mundo, con la transgresión del orden y la rebeldía, y de paso con el espíritu libérrimo del mundo pagano. La Edad Media permitió todos estos contrastes. Como afirma Juan Liscano, «A los terrores del milenio con sus caravanas de flagelantes coronados de espinas, siguió el estallido de la sensualidad y carnalidad triunfantes. Del mismo modo, detrás de los Cruzados empeñados en el rescate del Santo Sepulcro, iban convoyes de prostitutas al servicio de la tropa».

Consciente de esto, la Iglesia proscribió todas las fiestas paganas, dionisiacas y carnestoléndicas. Sólo se permitió el carnaval, con el cual remataban estas fiestas, que todavía se conserva. Es innegable la importancia del legado del amor pagano en la literatura, la danza, el teatro y la pintura, que a través del amor de juglares y caballeros conformó el romanticismo, que todavía perdura.

Son muchos los artistas que se recrearon en la sexualidad y el amor en algunas o en todas sus obras. A manera de ejemplo, mencionamos algunos de diferentes épocas. El Bosco, que en los límites de los siglos XV y XVI representó, en medio de un mundo fantástico, absurdo y grotesco,

escenas eróticas, como las que podemos ver en el Jardín de las Delicias. Tiziano, el maestro supremo de la escuela veneciana, que además de su pintura religiosa incluyó en sus temas mitológicos fuertes cargas de lirismo y sensualidad.

Leonardo da Vinci, el modelo absoluto del hombre renacentista, que con visión científica, sin apartarse nunca de la más refinada estética, elaboró estudios anatómicos del cuerpo humano. Pedro Pablo Rubens, que un siglo más tarde llegó a plasmar el ideal de la belleza femenina con características casi escultóricas. François Boucher, que revistió su obra de una sensualidad manifiesta en el siglo XVIII, así como Jean Honoré Fragonard dedicó su pintura fundamentalmente a escenas amorosas. Un representante del siglo XIX que dedicó su producción principalmente al desnudo femenino fue Jean Auguste Dominique Ingres. Los cultores del cuerpo humano como motivo de erotismo son innumerables.

Pablo Picasso hizo evidente el tema erótico en sus series de grabados y dibujos. Antes de referirnos a nuestra pintura, vale la pena un comentario sobre Henri de Toulouse-Lautrec, quien no sólo dedicó muy buena parte de su esfuerzo pictórico a representar a las mujeres de Montmartre en todo su erotismo, sino que inició el uso de los afiches para hacer propaganda.

En Colombia son varios los artistas que manejan el desnudo y las escenas eróticas. Débora Arango, en la primera mitad de este siglo, utilizó el cuerpo humano y el erotismo como motivo de muchas de sus pinturas. Como era la usanza en esos años, la mayor parte de las críticas recayó sobre ella y no sobre su pintura, por haber recreado el tema erótico y en especial por ser mujer.

De nuestros contemporáneos colombianos vale la pena mencionar a Luis Caballero y al recientemente fallecido Darío Morales.

Para Caballero, el cuerpo humano es y ha sido motivo y motor desde sus comienzos como pintor. Inspirado en los maestros del Renacimiento, nos muestra un erotismo desgarrado; el orgasmo y la muerte; el Eros y el Tánatos. Hablando él mismo de su obra, nos dice: «Hay pintores que pintan desnudos como quien pinta una cafetera. Son los estetas que piensan que lo importante es hacer un cuadro. También hay quienes usan el desnudo y el sexo como medio de denuncia y de lucha. Son los ideólogos que piensan que sólo importa la idea o el mensaje... Cada pintor ha pintado siquiera un desnudo en su vida, pero yo creo que casi siempre han olvidado lo esencial, y es que un desnudo se debe pintar sensualmente, eróticamente, amorosamente».

Darío Morales coincide con Caballero en la temática de la sensualidad y el erotismo, y nos lo muestra, sobre todo en el dibujo, sin violencia, sugerente y acariciante. Así se expresa: «Al hacer un desnudo lo que quiero realmente es acariciarlo, jugar con sus formas, poseerlo».

LITERATURA Y SEXUALIDAD

*«Separa bien los muslos, alma mía,
quiero bien de cerca ver tu rosa,
¡Oh, suavísimo vello! ¡Oh, rica cosa!
Puerta de mi ilusión, ¡miel y ambrosía!
Un capricho me llena de alegría:
voy a comer fruta tan golosa;
me volveré y será treta graciosa,
pues a tu boca irá mi mercancía.»*
-Aretino-

En la literatura, como en el cine y la televisión, podríamos pensar en dos tipos de obras, unas de carácter exclusivamente erótico y otras en las que se muestran o se describen escenas eróticas como parte de un todo.

Al tratar el tema de la sexualidad en el cine, la televisión y la literatura, es imprescindible hacer algunas aclaraciones sobre lo que se denomina «pornografía», pues los límites entre lo erótico y lo pornográfico crean confusiones y malos entendidos.

Es muy difícil definir lo pornográfico y obsceno porque son conceptos subjetivos. Como dice Alzate, «Nada es obsceno o pornográfico de por sí, porque para que las cosas adquieran ese carácter se requiere que el observador ponga a funcionar la fantasía».

En general, la gente considera como pornográfico todo material impreso, filmico o grabado que sea capaz de producir excitación sexual. Sin embargo, los escritos, las imágenes inmóviles o móviles, las personas, como cualquier otro estímulo sexual, no producen "per se" excitación. Para que ello suceda, es menester que quien observa, hombre o mujer, se involucre y construya su propia excitación. La función sexual no se da espontáneamente, sino merced a la decisión de la persona que la ejerce.

Esta es la razón por la cual cada persona responde en forma diferente ante el mismo estímulo, y la misma persona lo hace de distinta manera según las condiciones que le rodean o el estado de ánimo en que se encuentre y la decisión de involucrarse en el hecho. Afirmar lo contrario sería negar la participación consciente y voluntaria de la persona y así evadir su responsabilidad.

Uno de los factores que se invocan para diferenciar lo pornográfico de lo erótico es el estético. Se afirma que lo sexual mostrado o expresado en forma bella es erótico. La carencia de belleza en las manifestaciones escritas, filmicas, etc., daría origen a la pornografía. Si esto fuera cierto, nadie compraría elementos pornográficos porque serían repulsivos.

Es innegable que algo sexualmente atractivo tiene alguna belleza para quien lo observa, pero la belleza es subjetiva, y lo atractivo para unos puede ser repulsivo para otros.

El hecho de que lo sexual sea totalmente explícito, es otro factor que se atribuye a la pornografía. De acuerdo con esto, tendríamos que afirmar que obras como las de Aretino, Apuleyo, Joyce, Henry Miller y muchos otros clásicos son pornográficos. Del mismo modo, la publicidad que nos bombardea en el siglo XX desde las vallas, los avisos, carteles y comerciales es entonces pornografía.

El erotismo está presente en la literatura de todos los tiempos y es difícil encontrar una obra literaria que trate sobre el comportamiento humano y que no describa escenas de carácter erótico.

En la antigüedad, el erotismo estaba ligado a lo religioso y lo hallábamos en los libros sagrados, en algunos en forma de relatos y en otros a manera de manuales de enseñanza del amor. En las mitologías griega y romana dioses, semidioses y seres humanos realizaban toda clase de proezas sexuales que representaban en buena parte su poderío.

En épocas anteriores, la potencia genésica se presentaba como la primera fuerza digna de adoración. Del mismo modo, la concepción hierática de los monumentos y dibujos implicaba una profunda castidad.

En otro de los pueblos antiguos de los que tenemos testimonio escrito, el judío, las descripciones amorosas de enorme contenido erótico constituyen uno de los libros de la Biblia: «El cantar de los cantares». En esta época reinaba la poligamia: «Sesenta son las reinas, ochenta las concubinas y las doncellas son sin número. Pero es única mi paloma, mi perfecta; es la única hija de su madre, la predilecta que la engendró. Viéronla las doncellas y aclamaron, y las concubinas la loaron».

En casi todos los pueblos antiguos jamás faltaron dioses y diosas en los altares del amor y de la sexualidad. Eros, Afrodita, Isis, Príapo, Osiris y centenares más, nos muestran la importancia que para el ser humano ha tenido siempre la sexualidad, desde el espíritu de Eros hasta el sexo de Príapo. En la religión griega se encuentran todas las herencias mediterráneas y asiáticas, prehelénicas, que se mezclaron en Grecia.

Siguiendo con este legado, la cultura latina erigió escritores de la talla de Ovidio y Petronio. En «El arte de amar», del primero, se muestran un amor y una sexualidad bastante desenfrenados y libres, que tuvieron una enorme influencia en su época, el siglo I a.C., pues fueron considerados como un resumen de la ciencia del amor. En «El satiricón», del segundo, se narran en detalle los excesos sensuales del Imperio Romano, en un grado de exageración que casi constituye un canto de denuncia y expiación.

Hacia el siglo II aparece un texto llamado «El asno de oro» o «Las metamorfosis», de Apuleyo, en cuyos capítulos IV, V y VI el autor trata de establecer una transición entre el paganismo romano y el pujante cristianismo de este siglo. Este texto de amor, lleno de ternura y tormento, sirvió de inspiración a varios pintores posteriores.

Mil años después, cuando el amor cortés se hallaba en su esplendor con su torturante búsqueda del amor imposible y su exigencia cruel de deseo carnal que nunca se consuma, surgió una figura

profundamente sexual en la sociedad del medioevo, cuya existencia es un grito de liberación femenina y de rebelión ante el aplastante sometimiento de la mujer al varón. En «El martillo de las brujas», obra compilada por los dominicos, las víctimas torturadas describen con lujo de detalles las espantosas posturas e innumerables acoplamientos que habían realizado con el diablo.

La Edad Media es también el tiempo de los grandes amores míticos, que nunca se consuman o al menos no se realizan plenamente, siempre por circunstancias que desbordan la voluntad de los protagonistas. «Tristán e Isolda», y parte de la leyenda artúrica, en particular la que se ocupa de los amores entre Lancelot y Ginebra, son los dos máximos arquetipos.

Fueron muchos los escritores que basaron sus obras en la sexualidad. Algunos han pasado hasta nosotros y han sido recreados en obras cinematográficas o televisivas recientes, como Boccaccio, que en los cuentos del «Decamerón» plasma escenas eróticas abiertas y voluptuosas, muchas de ellas llenas de picardía y confusiones plenas de humor e ironía. Aretino, el autor de unos sonetos ilustrados sobre las diversas posturas del acto sexual, afirmaba: «No hay que ocultar los órganos que han engendrado tantas bellas criaturas; más bien tendríamos que ocultar nuestras manos que juegan con dinero, hacen falsos juramentos, prestan con intereses usureros, torturan al asno, hieren y matan». Sus «Sonetos lujuriosos» han llegado hasta nosotros como un clásico del erotismo, aunque a veces linden con lo escatológico.

Juan Ruiz, el Arcipreste de Hita, en su «Libro del buen amor» expresa con vehemencia la importancia que tiene la sexualidad para el ser humano, sólo comparable a la conservación de la vida.

A principios del siglo XV, los estudios anatómicos de Leonardo da Vinci facilitaron el desarrollo de la medicina y provocaron el nacimiento de la cirugía estética como un testimonio del nuevo derecho a la belleza. Tagliacozzo publicó un tratado sobre los injertos de piel y Agnolo Firenzuela escribió un ensayo sobre los cuidados de la belleza.

En el Renacimiento el cuerpo humano volvió a ser objeto de placer y contemplación y motivo de alegría y goce. El amor se banalizó, o al menos se hizo más cercano al ser humano hasta convertirse en asunto cotidiano. Alrededor de él pudieron ponerse a girar otros dramas de orden social o político. En ese campo, Shakespeare es el gran maestro. En «Romeo y Julieta», mucho más allá del simple argumento idílico se profundiza la transgresión de una norma social fundamental por parte de los protagonistas, como es la de que los matrimonios no son un asunto al que se opta de manera individual sino un código de enlace entre dos familias. El olvido de esta regla es fatal para los enamorados.

En el Oriente, el Islam hizo de la sexualidad el centro de la felicidad que Dios ofrece a los justos más allá de esta vida. El hombre podía tener hasta cuatro mujeres y la poligamia estaba restringida a los príncipes. La mujer era preparada desde la infancia para el hombre. El erotismo se convirtió en un culto muy profundo. Su manual amoroso era «El jardín perfumado», de Cheik Nefzaoui, en el que se ilustra sobre las posturas coitales y reprocha a los hindúes sobre las suyas. Es un libro similar al Kama-sutra. Por su parte, «Las mil y una noches» es otra obra en la que el

erotismo de los cuentos de Scheherezada, llenos de fantasía y ternura, le permiten salvar su vida y hacerse reina.

En la India, en uno de los Vedas, se reúnen las fórmulas y los encantos eróticos. La China, el Japón y otras civilizaciones orientales no fueron una excepción en lo referente a la literatura erótica.

Volviendo a Occidente, en la literatura española del siglo XVII apareció el «Don Juan», de Tirso de Molina, un maestro del engaño y la astucia cuyo principal objetivo de vida es burlar al sexo femenino y "deshonrar" a cuanta mujer se atravesase por su camino. Su intención, más que la aventura galante misma, o la necesidad de satisfacer un apetito sexual desbordado, es simplemente ser reconocido como «El burlador de Sevilla». Don Juan es uno de los arquetipos más universales y atemporales que ha conseguido la literatura con respecto a la sexualidad.

A mediados del siglo XVIII apareció el primer autor que aborda la sexualidad como profundización psicológica, más allá de los manuales eróticos medievales o renacentistas, o de los libros de consejos y reflexión filosófica de las culturas griega y latina. El marqués de Sade escribió su «Justine» y otras obras en las que describe detalladamente prácticas eróticas que sugieren que infligir dolor a otros es fuente de placer y excitación. Perseguido por defender una actitud que con el tiempo se denominaría «sadismo», el marqués fue el primer escritor de los llamados «malditos» en la modernidad. Sin embargo, su obra no es un simple recuento de prácticas y actitudes eróticas, sino un fuerte cuestionamiento a la escasez de sentido de la vida y la profunda licencia a la que estaba llegando la nobleza europea encerrada en sus castillos, entregada a exploraciones cada vez más extremas.

La segunda mitad del siglo XVIII y los primeros años del XIX son los tiempos del romanticismo. Chateaubriand, Victor Hugo, Goethe, Novalis, los grandes poetas ingleses Keats, Byron, Shelley; José Asunción Silva y Jorge Isaacs, entre otros, cultivaron un género cuya denominación con el paso del tiempo se vulgarizó erróneamente, convirtiéndose en sinónimo de sentimentalismo. El verdadero romanticismo es una filosofía que intenta demostrar la absurda ruptura entre la emoción y el pensamiento y el imposible trágico de no poder concertar equilibradamente estas dos esferas humanas de razón y sentimiento, en un mundo donde se prefiere lo primero y se desdeña lo segundo.

A pesar de que el amor es un argumento frecuente, no es requisito para el romanticismo tocar la temática del amor. En cambio, sí lo es profundizar en la exploración de los sentimientos, confrontarlos con el pensamiento frío y cerebral y verlos sucumbir ante la racionalidad triunfante.

Los autores contemporáneos tratan la sexualidad desde todos los puntos de vista. Desde las explosiones de sexualidad imposibles de alcanzar por ser humano alguno, descritas por Henry Miller en sus «Trópicos y Sexus», hasta las novelas antropológicas de Irwin Wallace, quien crea una nueva y libertina sociedad en «La isla de las tres sirenas». También hay que mencionar los relatos de García Márquez en «Cien años de soledad» o en «El amor en los tiempos del cólera», que son la descripción de una sexualidad extraña, llena de ternura, de creatividad y de profunda convicción en el amor.

Sin duda, la sexualidad está presente en la literatura, el cine, la televisión, como lo está en la vida de todos los seres humanos.

Hoy, a raíz de los adelantos técnicos, se expresa además con imágenes que no son creadas artificialmente, sino que apelan a la propia sensualidad de las personas, pero también a los recursos de los colores, las texturas, las formas y los efectos.

Aprender a ver este nuevo lenguaje visual que forma parte de la vida de las y los jóvenes, pero todavía no de la de las personas adultas, es una necesidad imperiosa para poder establecer una relación con ellas y ellos, no sólo en lo sexual sino en todos los campos del saber.